Encontrarnos, compartir y celebrar, es la consigna de este Encuentro de Educadores de nuestra Red educacional Santo Tomás de Aquino. Quisiera reflexionar con ustedes a partir de esa consigna y colocarla en el contexto de la Santa Misa.

Por otra parte, este es un encuentro de educadores. Es precisamente esa identidad la que establece la diferencia y la riqueza que tenemos para aportar a la educación en nuestra sociedad. Si se diluye esa diferencia, pierde calidad y sentido nuestro servicio educativo. Lo que define la identidad del educador católico es su relación personal y comunitaria con Jesucristo. Él es el fundamento, él es quien promueve el sentido nuevo de la existencia, él es la fuente de la visión cristiana de la realidad.

Por consiguiente, la mesa en la que se modela la visión cristiana y se consolida la identidad del educador católico es el banquete eucarístico. Hacia esa mesa confluye toda la tarea que lleva a cabo la comunidad educativa, y de ella deriva, como de una fuente, la gracia para llevar a cabo la acción educativa con visión cristiana. En esa mesa se proclama la Palabra, que ilumina y explica lo que vivimos y hacemos; y, en esa misma mesa, compartimos el Pan de Vida, Jesucristo mismo, que hace posible la concreción de los anhelos más profundos que laten en el corazón humano: encontrarnos, compartir y celebrar.

Con alegría y esperanza nos hemos congregado esta mañana para celebrar esta Santa Misa, con la cual queremos encomendar a Dios, los esfuerzos y trabajos en favor de la formación y la educación de nuestros niños y jóvenes. Somos conscientes que la gracia del Dios, es la que nos mueve y nos impulsa para llevar a cabo esta noble tarea y, que sin ella, nos veríamos limitados para ejercer con eficacia la formación del corazón; esta mañana, queremos invocar la gracia del Espíritu Santo, confiando en que sólo así, podremos ayudar a cada niño y a cada joven, para que descubra la grandeza y la riqueza que posee en su naturaleza y que Dios, ha depositado en sus manos y en su corazón. Pues la tarea educativa, consiste precisamente, en ayudar al ser humano para que descubra la imagen de Dios en sí mismo y la dignidad en que se fundamenta su existencia y puedan de esta manera, entre otras cosas, fundamentalmente ejercer la verdadera libertad, que es signo eminente de la imagen divina en el hombre Jesucristo, muerto y resucitado, vivo entre nosotros, nos traza el itinerario para alcanzar esos anhelos.

Sus palabras y sus gestos nos indican cuál es el programa en el que se contienen las pautas para llegar a encontrarnos, animarnos a compartir y alegrarnos al celebrar. Esas palabras y gestos de Jesús están condensados admirablemente en su itinerario pascual: pasión, crucifixión, muerte y resurrección. Para encontrarnos de veras tenemos que estar dispuestos a sumergirnos sin miedo en el misterio pascual de Jesús. Él es quien limpia el corazón humano para que el compartir no esté contaminado por intereses egoístas. Por eso, solo en Él es posible celebrar con gozo el encuentro y el compartir.

Creemos firmemente que todo lo que somos y vivimos, los esfuerzos de nuestra tarea educativa, los logros y los sinsabores de este servicio, y aun nuestro pecado, depositados con humildad junto a las ofrendas de pan y de vino, son transformados por el poder de Jesucristo que venció la muerte, el pecado y el mal, y nos devuelven la fortaleza para seguir creyendo; la esperanza para no desfallecer en el arduo camino que supone ser educadores hoy; y permanecer, además, en ser fieles a nuestra identidad como educadores católicos en un ambiente que se manifiesta poco amigo de los valores cristianos.

Un colegio es una empresa de ideas, un centro de sentido, una oferta de evangelio en una comunidad educativa. No se trata de una colocación. Es mucho más en un colegio católico. No sólo es un servicio público, un servicio esencial a un derecho humano fundamental, que es el de la educación, sino hacerlo con un plus que, vuelvo a repetir, no es un añadido que se pone porque se pone la misa, sino es mucho más. Es un estilo de vida. Es una manera de entender la vida. Y un colegio católico tiene que dejar una impronta en el profesor, en los padres y en los alumnos.

Pero, queridos hermanos y hermanas, el empeño de la educación católica: la Iglesia es maestra de humanidad, experta de humanidad. La Iglesia ha tenido, tiene y seguirá teniendo una presencia fuerte de los cristianos en el ámbito educativo.

Y cada uno, cada colegio con su estilo, cada colegio con su ideario y con su forma de ser. Pero todos, aunque cada uno tenga un numerador común, por su procedencia, por su carisma, por su ideario, por su historia, tengan un denominador común: servir a la evangelización para transformar nuestro mundo, nuestra ciudad, con el espíritu del Evangelio. Como han hecho desde hace mucho tiempo, siglos incluso, los colegios católicos y las instituciones católicas en Santiago, con presencia egregia, creativa, como los tantos y tantos colegios. Queridos profesores, ustedes tienen una vocación, una llamada, un quehacer que implica la vida.

Hoy los invito a poner sus vidas al reflejo de la vida de Cristo, en este sábado antes del Domingo de Ramos, donde veremos que Jesús es aclamado por todos como el Hijo de David, en unos días veremos también que Jesús también será condenado a muerte. Si hoy están sumido en el dolor, si no saben cómo salir de la situación en que viven porque se encuentran solos, si no tienen el consuelo de los que los rodean…vivan su pasión junto a la Pasión de Cristo, dejen que Él abrace con ustedes la cruz, déjense guiar en esta Semana Santa que comienza, no teman, Él murió por ti, por mí, por nosotros, porque nos ama incluso en donde tú no puedes amarte, ahí, es donde Jesús quiere resucitar. Esa nación por la que Jesús iba a morir, somos todos nosotros, dispersos, divididos entre nosotros y en nosotros, somos ese pueblo tantas veces perdido, por el que Dios ha sentido predilección, y por el que ha mandado a su Hijo, el cual entregando la vida, nos dio la dignidad de ser hijos de Dios.

Encomendamos a María, Tiernísima Madre de Dios, nuestra tarea educativa y le pedimos que cuide a quienes la providencia de Dios coloca a nuestro lado y así juntos aprendamos a desarrollar los talentos que Dios puso en cada uno, a compartirlos con los demás, y a seguir soñando que es posible educarnos en el amor, en la libertad y caminar juntos, peregrinos en esperanza, hacia la Patria del Cielo. Amén.